

España y la U.R.S.S. en una Europa en transformación

Juan Carlos PEREIRA CASTAÑARES
Universidad Complutense de Madrid

A pesar de la importancia territorial, el papel internacional o el peso demográfico de la U.R.S.S. en Europa y el mundo, para España y los españoles este gran Estado ha sido un desconocido hasta tiempos recientes. No sólo la lejanía geográfica —los 4.000 kilómetros que separan los Pirineos de los Urales— ha influido en esta situación, sino también la propia percepción de los intereses españoles más allá de nuestras fronteras, los factores religiosos, la ausencia de conflictos directos, el desconocimiento de un mundo considerado desde esta parte del continente como “no europeo” o la falta de tradición de una acción exterior en el área central y oriental de Europa hasta hace pocos años, y aún y así con poco entusiasmo, han sido a su vez, en mi opinión, factores a tener en cuenta en esta peculiar relación.

Los antecedentes: de la Revolución soviética a la República española

De hecho, hasta 1917 las relaciones entre España y la Rusia zarista, eran las propias de dos monarquías no democráticas, alejadas en el espacio continental, desconocidas mutuamente y entre las que no había contenciosos ni tampoco intensos contactos en ningún área concreta. Existía un conjunto limitado de acuerdos bilaterales, precedido de un largo intercambio epistolar entre los respectivos Jefes de Estado desde que en 1667 el zar Alejo Mijailovich enviara su primera embajada a España iniciando así las relaciones bilaterales, siendo los dos últimos acuerdos firmados hasta la desaparición del zarismo un Canje de Notas “relativo a la aplicación a los súbditos españoles del régimen municipal en la zona del ferrocarril chino al este europeo” y una Declaración relativa a la renuncia de

Rusia “a los beneficios del régimen de Capitulaciones en la Zona española de Marruecos”, ambos de 1915. Los últimos, efectivamente, firmados con la Rusia zarista, pero también durante un largo período de tiempo pues hasta 1933 no volveremos a encontrar un nuevo acuerdo significativo entre los dos Estados.

Tras el proceso revolucionario y la creación de la U.R.S.S. en 1922, el silencio y el distanciamiento más absoluto se extiende entre los dos Estados: no hay relaciones diplomáticas, no se firma ningún tratado o acuerdo, no hay intercambios comerciales. Las referencias a la U.R.S.S. y sus dirigentes son escasas en la prensa, salpicada en ocasiones de noticias relativas al “temor bolchevique” o al “peligro rojo” que podía extenderse por Europa y España en particular, especialmente en coyunturas históricas de inestabilidad interna. Una actitud más radical y distante que la de otros Estados europeos, sin duda, pero que se mantenía en la lógica de la Europa más conservadora temerosa de una revolución que se mostraba expansionista y rupturista (Alemania reinicia sus relaciones con la U.R.S.S. en 1921; Gran Bretaña, Francia e Italia lo hacen en 1924, y Japón, entre otros, en 1925).

No obstante, existió entre ciertos sectores de la población española un interés y un debate por la experiencia soviética, desde el momento en el que las primeras noticias de la revolución llegaron a España a través de las agencias de prensa europeas. La caída del zarismo supuso una enorme satisfacción moral para los aliadófilos españoles, especialmente para los partidos y grupos de izquierda. Sin embargo, a medida que fueron llegando nuevas noticias el desconcierto, la incomprensión de lo que en realidad estaba ocurriendo, así como la falta de una caracterización concreta, por lo menos hasta febrero de 1918, de lo que suponía el triunfo de los bolcheviques, su ideología, objetivos, etc., fueron las notas destacadas de la actitud española ante la revolución de 1917.

Quizá por esta ausencia de datos concretos y fiables, pero también por la incredulidad, en uno u otro sentido, de lo que en el nuevo Estado estaba ocurriendo, fueron muchos los escritores y políticos españoles que se desplazaron a Rusia/U.R.S.S. para ver de cerca lo que en libros y panfletos se decía: Fernando de los Ríos, Diego Hidalgo, Rafael Alberti, Rodolfo Llopis, Francisco Cambó, Angel Pestaña, José Bergamín, Ramón J. Sender, Alvarez del Vayo y Julián Zugazagoitia, entre otros. Gran parte de ellos publicaron posteriormente sus impresiones en obras de indudable interés o a través de artículos en publicaciones periódicas (Vid. bibliografía final). El debate principal entre ellos se centró, por un lado, en ensalzar el proceso revolucionario y sus consecuencias, “una nueva civilización” dirá Zugazagoitia, en especial cuando el temor a un triunfo fascista se hacía más evidente en Europa, llegando a convertirse desde esta óptica en un verdadero “mito”; pero, por otro lado, estaban aquellos que mostraban sus dudas, no exentas de recelo, no ante el significado y la importancia de la

revolución de Octubre, sino ante un régimen que había creado una sociedad sin libertad, que pactaba con las potencias burguesas o que había dado lugar a una profunda división en la izquierda europea.

En este contexto habría que situar también la actitud del rey Alfonso XIII, el cual al conocer los sucesos de San Petersburgo, inició continuas gestiones para conseguir la liberación de la familia imperial y su traslado a España. Las gestiones ante el embajador ruso en Madrid, el príncipe Kondacheff, pero muy especialmente las realizadas por el representante español en la Rusia bolchevique, Fernando Gómez Contreras, con el comisario de Negocios Extranjeros, Chicherin, fueron intensas y, como es sabido, sin ningún éxito pues en julio de 1918 fueron asesinados el zar y su familia.

Desde la huida del representante español en la Rusia bolchevique en noviembre de 1918 hasta la proclamación de la II República, el distanciamiento más absoluto se cierne sobre las relaciones oficiales entre los dos Estados. Desde 1931, sin embargo, se inicia una nueva pero corta etapa en la historia española, en la que los nuevos dirigentes republicanos comienzan a mostrar algún interés por esa “gran potencia” del otro lado de Europa. El papel del Partido Comunista Español, creado en 1920, será también decisivo por su insistencia en Congresos y periódicos en la necesidad de proceder a un reconocimiento inmediato de la U.R.S.S. y el establecimiento de relaciones plenas. Tras un período de debate y de contactos no oficiales, en julio de 1933 se firmó un acuerdo por el cual se procedió al reconocimiento oficial y al intercambio de embajadores; la corta gestión del ministro socialista de Estado, Fernando de los Ríos, se saldaba así con un importante éxito. El gobierno soviético pronto nombró a Lunacharsky, ex-comisario del pueblo para la instrucción pública, como embajador en España, no pudiendo presentar sus cartas credenciales al morir poco antes de su llegada a Madrid.

El triunfo de la C.E.D.A. a finales de 1933 paralizó el proceso de acercamiento entre los dos Estados, aunque Madariaga llevó a cabo algunas gestiones en París con Litvinof para desbloquearlo; la revolución de Octubre en Asturias pondrá de manifiesto para los dirigentes españoles que las relaciones con la U.R.S.S. debían “congelarse”. Es en este contexto, cuando se produce en abril de 1934 la fundación de la “Asociación de Amigos de la U.R.S.S.”, a instancias de Wenceslao Roces, en la que participaron numerosos intelectuales, periodistas y políticos comunistas y de otras ideologías, que trataron, sobre todo, de difundir el “mito” soviético y de conseguir el mayor acercamiento entre los dos pueblos. A pesar de este nuevo distanciamiento, el gobierno español apoyó el ingreso de la U.R.S.S. en la Sociedad de Naciones, en septiembre de 1934, consiguiendo que España ocupara de nuevo un puesto semipermanente en el Consejo de la Sociedad (Madariaga).

Entre la solidaridad internacional y el anticomunismo

Tras la formación del primer gobierno del Frente Popular en 1936, el ministro Barcia Trelles confirmará el reconocimiento de la U.R.S.S. y el establecimiento de relaciones. El proceso de intercambio de embajadores, no obstante, no se llevó a cabo hasta los primeros meses de la Guerra Civil, siendo el primer embajador soviético Marcel Rosenberg, que había sido secretario general adjunto de la Sociedad de Naciones. Rosenberg presentó a Azaña sus credenciales el 29 de agosto de 1936. Vino acompañado de un impresionante equipo, que se instaló en el Hotel Gaylord, poniendo así de manifiesto la importancia que para Stalin suponían estas relaciones. En él se encontraban figuras como el capitán N. Kuznetsov, el coronel B. Svieshnikov, el general V. Goriev, Mijail Koltsov corresponsal de *Pravda*, Ilya Ehrenburg enviado de *Izvestia* o el viejo revolucionario Vladimir Antonov-Ovseenko, nombrado cónsul en Barcelona. Su permanencia en España fue corta pues en 1937 Rosenberg sería sustituido, para ser ejecutado posteriormente, por su encargado de negocios Gaikis, por su intromisión en la vida política española en especial favoreciendo a los comunistas. El gobierno español, por su parte, nombró a Marcelino Pascua como embajador en Moscú, iniciando sus actividades el 7 de octubre de 1936 y permaneciendo en el cargo hasta que en marzo de 1938 fue nombrado embajador en París; sus actividades más relevantes en la capital soviética se desarrollaron en torno al polémico tema del "Oro de Moscú", y sus continuos esfuerzos por conseguir suministros de armas y créditos en apoyo a la República hasta sus últimos momentos (Pascua, Viñas).

En el contexto de la Guerra Civil, las relaciones con Moscú se desarrollaron, evidentemente, en exclusiva con el Gobierno republicano. Varios han sido los trabajos que sobre este tema se han realizado (Cattell, Salas, Viñas), poniéndose en ellos de manifiesto como el inicio del conflicto español fue una sorpresa para los dirigentes soviéticos, quienes mostraron una actitud recelosa y reservada ante una posible intervención en el mismo, en especial por la interferencia que esta guerra podía tener en su política de acercamiento a las potencias occidentales. El eco internacional que causó la guerra española, así como el creciente apoyo y muestras de solidaridad recibidas por el Gobierno republicano en gran parte del mundo, impulsaron a Stalin a cambiar de actitud.

La primera ayuda soviética llegó en octubre de 1936, así como los primeros efectivos militares, que comenzaron a luchar el día 29 en el frente de Madrid. Desde ese momento, la ayuda soviética se manifestó de tres formas: a) mediante la intervención directa enviando armas, alimentos, asesores militares, etc. hasta enero de 1939; b) impulsando la creación de las Brigadas Internacionales; c) apoyando, a su vez, la creación de un gran movimiento de solidaridad antifascista en el mundo. Esta importante

ayuda sirvió no sólo que evitar el colapso republicano en los primeros momentos del conflicto y en su desarrollo, sino también para fortalecer al P.C.E. y aumentar la influencia soviética en Europa.

Este intenso apoyo provocó una reacción contundente entre los sublevados. Franco y los franquistas utilizaron el tema de la ayuda soviética para desarrollar y justificar una de las tres ideas-fuerza que caracterizan los que podríamos denominar como presupuestos ideológicos del régimen: el anticomunismo. Esta idea-fuerza tendrá una gran utilidad, como hemos señalado en otro trabajo (Pereira), pues servirá como argumento interior justificativo del alzamiento de 1936 y de los principios políticos instaurados desde 1938; así como razón necesaria ante el mundo al explicar la lucha y el triunfo sobre el comunismo como un acto en defensa de la civilización occidental; será también utilizado ante las principales potencias aliadas al manifestar Franco que la alternativa a su régimen era un triunfo comunista y no una democracia parlamentaria y, por último, al considerar al comunismo junto con la masonería, los culpables del aislamiento del régimen, las críticas internacionales o incluso “los problemas económicos” del país.

Franco dirá en 1937 “Luchamos por librar a nuestro pueblo de las influencias del marxismo y del comunismo internacionales, que se introdujeron en nuestro país para hacer de España una sucursal del bolchevismo moscovista”; en 1967 afirmaron que “La mejor prueba de que nuestra misión es fructífera es la acción permanente que el comunismo desarrolla para perturbar nuestra paz interna y nuestra normal desenvolvimiento”; en su último discurso en 1975 en pleno aislamiento internacional señalará “Todo obedece a una conspiración masónica izquierdista en la clase política en contubernio con la subversión comunista-terrorista en lo social” (Pensamiento Político). En definitiva, el comunismo será la “bête noire” del franquismo.

Este conjunto de razones harán que desde 1939 con el final de la Guerra Civil y el triunfo de los franquistas, las relaciones con la U.R.S.S. se interrumpían de nuevo de forma brusca y casi total. El anticomunismo constante durante la II Guerra Mundial, se alimentará con la creación de la División Azul; la elaboración de la denominada “teoría de las tres guerras” por parte de Franco o la adhesión española al Pacto Antikomintern el 27 de marzo de 1939. A ello responderá Stalin con su firme postura anti-franquista en la Conferencia de Potsdam, factor destacado en el proceso de aislamiento del régimen en la sociedad internacional de postguerra.

De esta manera se introducía en la percepción de España y los españoles de la U.R.S.S. un nuevo elemento: la Unión Soviética como enemigo interior. Este nuevo factor, al que se le añadían los anteriormente citados, tendrá un importante papel en el lenguaje coloquial: los términos “rojo”, “comunista”, “marxista”, eran sinónimos de antiespañoles, personas parti-

darias de la anarquía, el terrorismo y la inestabilidad. A través de la prensa, los libros de texto, los medios de comunicación e incluso la legislación, recuérdese la Ley sobre Represión de la Masonería y el Comunismo (B.O.E. 2 de marzo de 1940), se afianzará este “mito” para unos, esta “obsesión” para otros, que calará en la sociedad; actitudes alentadas por el papel del P.C.E. en la ofensiva antifranquista clandestina. Por el contrario, a la U.R.S.S. no se la verá como superpotencia antagónica, posible causante de una guerra nuclear.

Desde 1945, por lo tanto, hasta mediados de los años cincuenta el silencio y distanciamiento entre los dos Estados será total. Solamente se romperá en coyunturas muy concretas como los debates en la O.N.U. sobre la “cuestión española” o la llegada de 248 españoles a bordo del barco “Semíramis” procedentes de la URSS en abril de 1954, denominados por la prensa “los hombres que vuelven del infierno”. La respuesta soviética a esta actitud se basará en fuertes campañas antifranquistas lanzadas especialmente a través de Radio España Independiente, aunque no se llegará a reconocer el Gobierno republicano en el exilio. El apoyo al Partido Comunista Español sí se mantendrá constante, tanto desde Moscú como desde otros Estados del área. En 1955 España ingresa en la O.N.U. con el apoyo de la U.R.S.S., en el marco de los acuerdos con las potencias occidentales y en 1956 se “entierra” el famoso mito del “Oro de Moscú” tras la muerte de Negrín.

Será el año 1957, con la llegada de Castiella al Palacio de Santa Cruz, cuando comience a cambiar esta situación. En la nueva etapa que Castiella quiere iniciar en la política exterior del régimen, sin duda la más brillante, se incluye también a la U.R.S.S. y la Europa del Este. Desde ese momento comienza a romperse el hielo a través de la vía comercial, mediante la firma de acuerdos interbancarios con los países del área, siendo el primero el Acuerdo entre el I.E.M.E. y el Narodowy Bank Polski de Polonia firmado el 5 de julio de 1957. Acuerdos poco relevantes para los intercambios comerciales que son mínimos en este período, pero que vienen a indicar un nuevo talante. También en 1958 los embajadores en París de la U.R.S.S. y España, Alexandrovitch y el Conde de Casas Rojas, iniciaron las primeras conversaciones exploratorias y secretas para cambiar esa situación de indiferencia y recelos mutuos, aunque con pocos resultados. Las suspicacias, no obstante, persistían como refleja Gromiko en sus *Memorias* en donde llega a señalar como tras el famoso incidente del zapato de Kruschev en la O.N.U. en 1960, uno de los miembros de la delegación española que se encontraba delante de la soviética “con rango de embajador, se plantó delante, lejos de la radio de acción del zapato, y gritó a Jruschov: «¡No nos gusta usted!» «¡No nos gusta!»” (Gromiko, p. 187). Las reacciones soviéticas ante la ejecución de Grimau en 1963, acusado de pertenecer al Comité Central del Partido Comunista, fueron contundentes.

A pesar de estos incidentes en 1960 se intercambian las llamadas "Cartas Boado", con un contenido muy genérico, pero que permiten el desarrollo de las primeras relaciones comerciales desde la Guerra Civil. En 1963 a través de una empresa alemana como intermediaria se procedió a intercambiar 500 Tm de cerdo ruso congelado y mantequilla de vaca, a cambio de la exportación española de 5.000 Tm de naranjas y limones. Tras la ruptura del hielo, en 1961 el embajador español en París, Areilza, volverá a entrevistarse con el embajador soviético, Vinogradov, para poner en marcha un proceso más amplio en las relaciones bilaterales a través de los intercambios no solo comerciales, sino también culturales y deportivos.

Según Suárez (Suárez p. 261), en los meses de junio y noviembre de 1964 termina la práctica de contactos secretos entre Madrid y Moscú y se inician, a través de las entrevistas de delegaciones oficiales de ambos Estados, las negociaciones formales con el fin de establecer una cooperación amplia en aquellos campos que no fueran conflictivos, eliminándose la posibilidad del reconocimiento de los respectivos regímenes políticos. Un primer acuerdo en ese año proponía el establecimiento de intercambios turísticos y artísticos.

Siguiendo los pasos que se estaban desarrollando con mayor éxito con algunos países de la Europa del Este (Polonia, Hungría, Checoslovaquia tenían ya en 1966 legaciones comerciales en Madrid), el 17 de febrero de 1967 se producía un intercambio de Notas que permitía la utilización de los puertos españoles por buques soviéticos; era el primer acuerdo importantes que se firmaba entre España y la U.R.S.S. desde la II República. El 11 de febrero de 1969 se ampliaba el acuerdo, aumentando las ventajas de las navieras de ambos Estados y de una manera más concreta permitiendo a los pesqueros soviéticos la utilización de los puertos canarios, en detrimento de Gibraltar (lo que satisfacía a los dirigentes españoles), con la consiguiente alarma, por otra parte, del rey de Marruecos, pronto atenuada. En septiembre de 1970 la Agencia Tass abrió una oficina en Madrid y la Agencia EFE lo hizo en Moscú.

No obstante, uno de los temas más polémicos en estas peculiares relaciones, entre el secreto y la oficialidad, fue el impacto que causó en la opinión pública española la escala técnica que el ministro López Bravo tuvo que hacer en Moscú en 1970, en su viaje de vuelta a Madrid desde Manila. Era la primera visita de un dirigente español desde la Guerra Civil, aunque en unas circunstancias particulares. En realidad se trataba de facilitar un encuentro previsto de antemano entre el ministro español y el de Comercio exterior soviético, Kovalev. Esta "ospolitik" del ministro español culminaría con la firma el 15 de septiembre de 1972 de un Convenio Comercial, así como de un Protocolo sobre establecimiento de delegaciones comerciales, que podían estar integradas por doce miembros (el primer representante español, que se instalaba en Moscú de forma permanente,

fue Eduardo Ibáñez), aunque ello tuvo pocas repercusiones para las relaciones comerciales de ambos Estados. El 10 de enero de 1973, en este proceso hacia delante del franquismo de inserción en la vida internacional, se establecían relaciones diplomáticas con la República Democrática Alemana, siendo el primer Estado de la Europa del Este con el que se daba este paso. Este cambio de orientación favoreció el diálogo hispano-soviético en el seno de la Conferencia de Seguridad y Cooperación Europea desde 1973, e incluso el propio Arias Navarro llegaría a entrevistarse, y fotografiarse, con Breznev, en agosto de 1975, en un encuentro considerado realmente “histórico” (Fuentes, López Rodó).

El proceso de restablecimiento de relaciones diplomáticas. Balance de unas relaciones tardías

Los acontecimientos desarrollados en España desde el mes de septiembre de 1975 volvieron a cerrar el proceso de acercamiento entre los dos Estados hasta el año 1977, afectado, a su vez, por la suspensión de relaciones con el único estado del área con el que las manteníamos, la República Democrática Alemana. Tras la larga etapa del franquismo y en el marco del proceso de universalización de las relaciones internacionales de la nueva España en pleno proceso de transición hacia la democracia, se procedió a romper con uno de las ideas-fuerza del franquismo “el anticomunismo”, tanto a nivel interior, legalizando en abril de 1977 al P.C.E., como a nivel exterior a partir del reconocimiento y restablecimiento de relaciones con la U.R.S.S. Tras la finalización de las negociaciones entre las delegaciones oficiales el 28 de enero, el 9 de febrero de 1977 se producía este trascendental hecho, que llegaba, sin duda, con enorme retraso, completándose con el establecimiento de relaciones con el resto de los Estados del llamado bloque del Este en un intervalo muy corto de tiempo. Unos días más tarde, el 18 de febrero, se creaban las embajadas en Moscú y Madrid y en noviembre entraba en vigor el primer acuerdo firmado entre los dos países tras la muerte de Franco —Convenio aéreo, firmado el 12 de mayo de 1976—. Desde esa fecha, y por vez primera desde 1917, ha habido una continuidad de las relaciones entre España y la U.R.S.S., como primer rasgo significativo de este último período. Los máximos representantes de los dos Estados en las respectivas capitales han sido:

Embajadores españoles acreditados en Moscú

Juan Antonio Samaranch 10-6-1977 al 17/10/1980

Luis Guillermo Perinat 6-3-1981 al 23-2-1983

José Luis Xifra 23-2-1983 al 24-12-1986

José Cuenca Anaya 24-12-1986 al 14-2-1992

Eugenio Bregolat desde el 14-2-1992

Embajadores soviéticos acreditados en Madrid

Serguei Aleksandrowich Bogomolv 5-5-1977 al 26-10-1978

Judi Vladimirovich Dubinin 26-10-1978 al 13-5-1986

Serguei K. Romanovski 13-5-1986 al 13-2-1991

Igor Sergueevich Ivanov desde el 13-12-1991

Junto al reconocimiento mutuo, el restablecimiento de relaciones y la estabilidad de las mismas, se ha producido otro hecho fundamental en las relaciones internacionales como ha sido el de la serie de visitas de alto nivel oficial que se han realizado entre los dos Estados, completándose de esta manera la normalización político-diplomática entre España y la U.R.S.S.

Si bien la primera visita de un alto representante soviético desde la Guerra Civil fue la del ministro soviético de Pesca, Iskow, en septiembre de 1973, ésta tuvo un carácter privado y no puede valorarse como oficial. Por ello, el primer encuentro que puede considerarse oficial de un representante soviético con sus homólogos españoles fue el del ministro de Asuntos Exteriores Andrei Gromiko, en noviembre de 1979, destacada de forma especial en sus *Memorias* donde escribe que “Mientras descendía la escalerilla del avión en mi primera visita a España, sentí cierta emoción. Después de todo, iba a pisar tierra de un país que había realizado inestimables aportaciones a la cultura mundial, del país en el que habían vivido los héroes de la literatura española (...)” (Gromiko, p. 252-254). Estas visitas se repetirán, y ampliarán en cuanto al nivel de las representaciones y culminarán con la realizada por vez primera por un jefe de Estado soviético, Mijail Gorbachov, en octubre de 1990, que provocó tantos apoyos y clamores en España, bautizados por los periodistas de “gorbimanía” (vid. la prensa y los sondeos del Instituto Demoscopia).

Por parte española, la primera visita oficial, si exceptuamos la peculiar de López Bravo, de un alto cargo español fue la del ministro de Asuntos Exteriores Marcelino Oreja, en enero de 1979. Su culminación fue la visita oficial realizada por los Reyes de España en mayo de 1984, ampliamente narrada por el ministro Morán (Morán, 1990, p. 335-340), que marcó un importante hito en las relaciones bilaterales y en la que destacaron las palabras del Rey en su primer discurso: “Dos países que ocupan los extremos opuestos de Europa comparten muchos rasgos históricos y culturales: la vocación universal y un cierto estoicismo moral (...) Cabe esperar que este viaje contribuya a romper un aislamiento secular y sirva para dar realidad institucional a este oculto contacto de las sensibilidades de nuestros pueblos (...) Las relaciones entre nuestros países se iniciaron a fines del siglo XVII. Sin embargo, el desconocimiento mutuo y las circunstancias históricas, a veces desfavorables, han hecho difícil el entendimiento recí-

proco". Desde ese momento y hasta 1991 se continuaron desarrollando una serie de visitas oficiales, en mayor número en el caso español.

A lo largo de estos encuentros se han firmado un importante conjunto de convenios entre los dos países, Según fuentes oficiales del Ministerio de Asuntos Exteriores, son 25 los convenios bilaterales de toda índole firmados entre el 12 de mayo de 1976 y el 8 de julio de 1991; proceso que culminará el 9 de julio de 1991 con la firma del Tratado de Amistad y Cooperación, hoy en "suspense" ante la renegociación que ha de producirse tras la desaparición jurídica de la U.R.S.S.

Estos avances a nivel político y diplomático, no se van a corresponder, sin embargo, en el campo económico. Observemos, primero, la balanza comercial hispano-soviética:

Balanza comercial hispano-soviética (en mill. de pts.)

Año	Importaciones	Exportaciones
1970	681	415
1973	2.907	1.006
1975	8.126	1.826
1977	9.231	7.691
1979	14.560	17.843
1981	44.448	33.492
1985	64.941	75.908
1987	109.397	36.210
1989	153.006	47.180
1990	134.606	38.645
1991	77.491	54.482

Por los datos que aquí se pueden observar, nos encontramos con tres fases en la evolución de las relaciones: a) una primera hasta el año 1977, en el que se produce un progresivo aunque moderado aumento de las importaciones, al mismo tiempo que un espectacular incremento de las exportaciones españolas desde 1976, que no impiden el déficit negativo para España; b) en esta segunda fase que se inicia con el restablecimiento de relaciones, observaremos un fuerte aumento relativo de las exportaciones y las importaciones hasta 1985, año en el que por segunda vez la balanza es favorable a España (la primera en 1974); c) por último, observaremos una primera manifestación de la "ayuda" española a la perestroika, a través del fortísimo crecimiento de las importaciones que pasan de 41.928 millones en 1986 a 134.606 mill. en 1990, sin que las exportaciones se vean caracterizadas por el mismo proceso, pues de 33.651 mill. en 1986 se pasará a 38.645 mill. en 1990, aumentándose así de forma muy profunda el déficit comercial español con la U.R.S.S., otro de los rasgos

de estas relaciones desde 1977. En 1991 y 1992 ya se apreciará la crisis soviético/rusa, disminuyendo a más de la mitad las cifras de exportación e importación.

Si estas cifras las comparamos con el conjunto del comercio exterior español, podremos observar otra de las notas destacadas en las relaciones hispano-soviéticas: la proporción tan reducida del comercio de España con los países del área C.A.M.E. y más concretamente con la U.R.S.S. Así, en 1975 las importaciones de todos los países del bloque del Este, incluida la U.R.S.S., representaban el 2,8% del total; en 1977 el 1,9%; en 1979 el 2,2%; en 1981 el 2,6%; en 1982 el 2,7%; en 1983 el 3,0%; en 1984 el 3,1%; en 1985 el 2,3%; en 1986 el 1,7%; en 1987 el 3,6%; en 1988 el 2,5%; en 1989 el 2,5%; en 1990 el 2,1%; en 1991 el 1,4%; y en 1992 el 1,5%. En definitiva una media del 2,3% para todo el área entre 1975 y 1992, dentro de la cual el comercio con la U.R.S.S. suele representar el 1,3 ó 1,4%; cifra como se ve realmente ridícula, que aumentará algo desde 1986, para disminuir de forma ostensible desde 1990.

En lo que se refiere a las exportaciones a la zona en 1975 representaban el 3,3% del total; en 1977 el 2,8%; en 1979 el 3,0%; en 1981 el 3,9%; en 1982 el 2,1%; en 1983 el 2,6%; en 1984 el 2,4%; en 1985 el 2,9%; en 1986 el 1,8%; en 1987 el 1,6%; en 1988 el 1,3%; en 1989 el 1,5%; en 1990 el 1,1%; en 1991 el 1,5%; y en 1992 el 1,3%. Como ocurre en el caso anterior la media resultante entre 1975 y 1992 es verdaderamente baja, el 2,1% del conjunto de las exportaciones españolas, de la cual el 1% se dirigen a la U.R.S.S., con tendencia desde 1990 a la baja.

En estos intercambios comerciales se puede señalar que España exporta a la U.R.S.S., principalmente, aceites vegetales, minerales metalúrgicos, productos químicos inorgánicos, plomo en bruto, celulosa, máquinas y aparatos eléctricos así como frutas, vino y otros alimentos, entre los productos más destacados. Por el contrario, las exportaciones soviéticas a España son principalmente mariscos, aceites crudos de petróleo (aprox. el 70% del total), desperdicios y desechos de chatarra, algodón, madera, aluminio y hullas. En definitiva, dos economías complementarias y no excluyentes que no han sabido aprovechar mutuamente estas condiciones.

Esta situación que caracteriza a las relaciones comerciales, irregulares y sin arraigo, se puede observar de igual manera en el tema de las inversiones españolas en la U.R.S.S. Las cifras son las siguientes: en 1987 eran de 47 mill. de pts. para pasar en 1988 a 3.419 mill., 1989 a 2.062 mill., 1990 a 858,4 mill., en 1991 a 242,6 mill. y en 1992 a 100 mill. Como se puede apreciar son los años 1988, 1988 y 1990 los que ofrecen una cifra más elevada de inversiones, en correspondencia con la balanza comercial y en apoyo y aprovechamiento de las reformas de Gorbachov. Cifras relativas, sin embargo, si las comparamos con el total nacional pues tan sólo

estas inversiones representan el 1,4% en 1988, el 0,7% en 1989, el 0,18% en 1990 y el 0,04% en 1991 de las inversiones exteriores de España.

En cuantas declaraciones oficiales se realizan desde 1979 se insiste una y otra vez en este contrasentido de las relaciones hispano-soviéticas: buenas relaciones políticas, ausencia de conflictos, pero escasas relaciones económicas. Sin duda alguna, los inversores españoles, comenzando por el propio Estado español, han perdido buenas oportunidades en la U.R.S.S. y en los antiguos países del bloque, para incrementar la presencia económica nacional y competir con la de otros socios europeos. Desconocimiento de un área, temor a la inestabilidad, falta de riesgo, etc. son buenas razones para explicar esta realidad. A pesar del número de acuerdos y tratados firmados entre los dos Estados desde 1977, hubo que esperar hasta la visita de Gorbachov a España para que se produjera el cambio tantas veces anunciado, aunque con poca vigencia.

En este importante encuentro bilateral se firmaron 12 acuerdos, un memorándum de consultas y una Declaración Política Conjunta, que marcaron el alto nivel en las relaciones. De ellos destaca, por encima de todo, el crédito español de 150.000 millones de pts. concedido a la U.R.S.S. durante tres años (hasta 1992 sólo se habían utilizado 23.000 mill. de pts.) —que constituye el mayor crédito otorgado por el Gobierno español, sólo superado por algunos acuerdos firmados con países iberoamericanos— completado con el apoyo y fomento a las inversiones, que podrían permitir mejorar los buenos resultados que hasta ese momento ofrecían las actividades de las 27 empresas mixtas que existían en 1990, frente a las 14 en 1989. Por último en el ámbito económico se firmó un protocolo de intenciones para el desarrollo de la cooperación en el ámbito industrial y energético, en especial para facilitar el suministro de gas natural soviético a España. En el campo científico y tecnológico los acuerdos fueron también varios. Sin embargo, los problemas económicos soviéticos en el año 1991, su desaparición jurídica y la inestabilidad de Rusia posteriormente han hecho poco efectivos los acuerdos de Madrid (De la Riva).

En este desigual panorama que estamos observado en las relaciones entre España y la Unión Soviética, en pleno proceso reformista, no podemos dejar de lado el ámbito de las relaciones humanas. Han sido muy pocos los españoles residentes de forma permanente en la U.R.S.S., resolviéndose paulatinamente los problemas existentes para la vuelta a España de los llamados “niños de Rusia”; de hecho 280 españoles pudieron regresar a España a partir de 1980, después de que el Gobierno soviético les asegurase el cobro de la pensión a la que tenían derecho. No hemos encontrado datos concretos sobre el número de españoles residentes, pero la inexistencia de consulados indica la reducidísima cifra, además de los problemas añadidos al hecho de que la U.R.S.S. no había ratificado el Convenio de Viena (El ministro Fernández Ordóñez señaló en el Congreso

en febrero de 1988, que según sus datos había en Leningrado 11 españoles, mientras que en Barcelona había 25 soviéticos y en Las Palmas y Tenerife tres respectivamente). Sí ha aumentado paulatinamente y a medida que ha ido cambiando la imagen de la Unión Soviética como “enemigo interior” y las trabas burocráticas, especialmente desde el acuerdo de cooperación de 1990, el número de turistas españoles que han visitado la U.R.S.S., lo que ha incrementado las relaciones entre ambos colectivos. Pocos son también los soviéticos que vivían en España, como hemos señalado, y, desde luego, pocos los que viajan a nuestro país como turistas. Según datos oficiales en 1981 fueron 106.786 los soviéticos que entraron en España, en 1985 lo hicieron 159.942, en 1990 fueron 203.962 y en 1991 la cifra bajó a 176.784; de los cuales entre el 70 y el 80% lo hicieron en tránsito por puertos marítimos.

Sin duda alguna, este acercamiento, así como la simpatía y el apoyo con que se veía el proceso reformista de la “perestroika”, han hecho que se confirme lo que anteriormente indicábamos; que los españoles seguían sin considerar a la U.R.S.S. como una amenaza exterior ni fuente de conflictos, manteniendo sentimientos contradictorios en función, principalmente de las ideologías políticas. Si bien en 1987 en una encuesta del C.I.S. se indicaba que el pueblo ruso, junto con el británico, el francés y el americano eran los que más desconfianza inspiraban a los españoles, los primeros ocupaban la última posición; se consideraba también en ese mismo año que EEUU era una mayor amenaza para la paz mundial (28%) que la U.R.S.S. (15%), manteniéndose esa misma proporción desde julio de 1983. En 1986 y 1987 se insistía en una nueva encuesta que la Unión Soviética hacía muchos más esfuerzos en favor del desarme que EEUU. Con respecto a las amenazas directas a España se indicaba en 1980, 1986 y 1987 que la U.R.S.S. era la segunda o tercera potencia en amenazar a España, a distancia de la primera que variaba entre EEUU y Marruecos. En 1988 una nueva encuesta reflejaba el limitado interés por los asuntos soviéticos, a pesar de los cambios que se estaban desarrollando, identificando a este Estado por cuatro tópicos por orden de importancia: militarismo, dictadura, cultura y tecnología. En 1991 una encuesta del I.N.C.I.P.E., señalaba que sólo un 14,4% de la población consideraba que había una amenaza seria para España y de ella sólo el 10% mencionaba a la U.R.S.S. Durante la visita de Gorbachov el Instituto Demoscopia indicaba que el 70% de la población consideraba que era necesario dar un amplio respaldo económico a la U.R.S.S., aunque sólo el 45% consideraba que el préstamo español podía resultar favorable a los intereses económicos españoles. En definitiva, interés limitado de la opinión pública por los asuntos de la Unión Soviética, a la que no se la considera ya como una amenaza directa para España y apoyo a la política reformista de Gorbachov, con un entusiasmo contenido (C.I.S.-I.N.C.I.P.E.).

En el ámbito cultural las relaciones han tenido una especial importancia en el acercamiento entre dos pueblos distantes, pero con muchos rasgos comunes tanto personales como anecdóticos (son dos de los tres Estados de Europa cuyos anchos de vía de sus ferrocarriles son diferentes a los del resto del continente). La inauguración de dos monumentos de los grandes genios de la literatura de ambos Estados, Puskin en Madrid y Cervantes en Moscú, fue considerado en su momento algo más que un símbolo. Desde que en 1769 apareciera la primera edición en ruso de "Don Quijote de la Mancha", el interés soviético por la cultura española no ha decrecido, existiendo un importante número de hispanistas. Según datos facilitados por la Cámara Nacional del Libro, entre 1917 y 1989 se publicaron en la U.R.S.S. 705 obras de autores españoles, con una tirada de 36 millones de ejemplares. La enseñanza del español también se ha incrementado desde que comenzara en la Guerra Civil, cuando se necesitaron traductores y profesores para atender a los compromisos oficiales. Las clases de español en la Universidad de Moscú se introdujeron de forma oficial en 1943. Desde 1979, gracias al Convenio de Cooperación Cultural y Científica, los intercambios han aumentado notablemente en los diferentes campos. Uno de sus resultados más ostensible ha sido la celebración de un gran número de coloquios, entre los que destacan los de historiadores, en colaboración con la Academia de Ciencias de la U.R.S.S., y la elaboración y publicación de un *Corpus diplomático relativo a las relaciones entre España y Rusia desde 1667 hasta 1917*, publicado por el Ministerio de Asuntos Exteriores en 1991. En España, el interés cultural por la U.R.S.S. y la Europa del Este ha sido limitado; de hecho sólo en dos universidades de Madrid se podía estudiar filología eslava, no ha existido ni existe un centro cultural y las traducciones de obras del área han ido aumentando pero de forma muy limitada y selectiva. Hay que destacar, sin embargo, el cambio que se ha producido en el seno de la Universidad Complutense donde un grupo de profesores de la Facultad de Económicas creó en 1989 el "Centro de Estudios de Países del Este", que comenzó desde ese momento a ocuparse del análisis económico, social y político de los países del área; el resultado de sus trabajos comenzó a publicarse desde 1990 en la revista *Cuadernos del Este*, la única que sobre este área existe en la actualidad en España. El interés sobre esta zona ha sido tal que la propia Universidad creó en 1990 el "Instituto de Cultura y Ciencia Soviéticas", transformado hoy en el "Instituto de Europa Oriental", que se ha convertido en un destacado centro de investigación y análisis en España sobre la Europa Oriental, actividad que se complementará desde el curso 1993-1994 con la impartición del primer curso monográfico de Tercer Ciclo sobre la Europa Oriental.

En este ámbito destacan también los intercambios y acontecimientos deportivos, que han acercado a los dos pueblos, y la importancia que tuvo la colaboración hispano-soviética y la "diplomacia deportiva", entre otras

cosas, en la elección en Moscú de Juan Antonio Samaranch, primer embajador español, como presidente del Comité Olímpico Internacional.

El resultado de todo este proceso iniciado oficialmente en 1977, ha sido, como hemos visto, una mejora de las relaciones aunque no en los niveles esperados ni en todos los campos posibles. De nuevo, la importancia de las relaciones políticas y diplomáticas se pudo apreciar en el apoyo de la U.R.S.S. y los países del bloque del Este a la candidatura española para celebrar las sesiones de la C.S.C.E. en Madrid en el año 1980. Ese apoyo se reiterará ante la candidatura española para la celebración de los Juegos Olímpicos y de una forma muy especial ante la propuesta norteamericana para celebrar en la capital española la Conferencia de Paz para Oriente Medio, que se desarrolló entre el 30 de octubre y el 3 de noviembre de 1991, confianza y apoyo que fueron reiterados por los presidentes Bush y Gorbachov en sus discursos.

El apoyo del Gobierno socialista al proceso de la “perestroika”, iniciado por Mijail Gorbachov en marzo de 1985 ha sido casi permanente desde sus comienzos. La primera visita oficial de Felipe González a la U.R.S.S. en mayo de 1986 así lo demostró. Durante la presidencia española de la Comunidad Europea se actuó decididamente para iniciar la negociación de un Tratado de Cooperación y Amistad entre la CE y la U.R.S.S., poniéndose en marcha también el diálogo entre las dos partes a nivel de ministros. El 7 y 8 de julio de 1991 González volvió a reafirmar su apoyo en Moscú a Gorbachov y el proceso reformista por él encabezado, mediante la firma de un Tratado de Amistad y Cooperación, que venía a cerrar así un ciclo de colaboración iniciado desde 1982. El golpe de Estado de agosto contra Gorbachov fue firmemente condenado, en términos duros, por el Gobierno español, siendo uno de los dos países que primero lo hicieron en el mundo tras Gran Bretaña, a través de una Declaración oficial en la que se indicaba que la política española iría encaminada a fomentar la unidad de la República, con la excepción de las tres repúblicas bálticas, con las que se establecieron relaciones diplomáticas en octubre de 1991.

El ministro Fernández Ordóñez en una intervención pública realizada en Madrid en 1990, señaló cuáles eran las líneas oficiales de actuación ante la “perestroika” y los cambios en la zona. A priori, España contribuía de dos formas a los cambios que se estaban produciendo: a través de la Comunidad Europea, desde la que se apoyaba el proceso de reformas políticas, la liberalización económica y la superación de la división continental; todo ello a través de las ayudas financieras y los programas de actuación que en Bruselas se habían ido diseñando y aprobando, y en los que España contribuía con algo más del 8%. Desde un punto de vista bilateral, el ministro señalaba que “nuestra situación en Europa del Este y Europa Central es perfectamente mejorable desde el punto de vista comercial y de inversiones (...)”, y ante los cambios que se estaban produciendo “noso-

tros no podemos, ni debemos, ni nos interesa quedar al margen de este proceso. Y en segundo lugar es que, si se quiere participar en este proceso, hay que participar con mucha prudencia (...) pero tomar posiciones desde el primer minuto". A través, dirá el ministro, de una política en paralelo con la de la Comunidad, promocionando los productos españoles, apoyando una "cultura empresarial" necesaria en el área, reforzando la infraestructura exterior, ampliando los acuerdos y buscando un consenso y una acción global en el área centro-oriental.

Indudablemente en este proceso de acercamiento ha habido dificultades y momentos de tensión que no pueden ser olvidados. De ellos se puede destacar la actitud española en 1980 contraria a la invasión soviética de Afganistán, alineándose con el bloque occidental-atlántico; sus repercusiones llegaron al ámbito deportivo al sugerir el Gobierno español la inconveniencia de que España participase en los Juegos Olímpicos de Moscú, sugerencia que fue rechazada por el Comité Olímpico Español, deteriorándose, no obstante, las relaciones. Un nuevo período de distanciamiento se produjo en el proceso de discusión ante el ingreso de España en la O.T.A.N., cuando el 7 de septiembre de 1981 el Encargado de Negocios soviético entregó un Memorándum en el Ministerio de Asuntos Exteriores, titulado "Los planes de entrada de España en el bloque Atlántico", advirtiendo al Gobierno español de las consecuencias negativas que la U.R.S.S. deduciría del ingreso de nuestro país en la Alianza y los pasos que se vería obligado a seguir el gobierno soviético ante tal hecho; Nota devuelta al embajador por Calvo Sotelo y contestada con un comunicado oficial en el que se denunciaba "un nuevo y flagrante intento de injerencia soviética". El tema del respeto de los derechos humanos en la U.R.S.S. fue también un elemento de fricción entre los dos Estados en varias ocasiones, en especial en el seno de la C.S.C.E. y en el foro de Madrid, sacudido por los acontecimientos de Polonia.

No obstante, desde 1985 y especialmente desde 1986, las reformas iniciadas por Gorbachov en los ámbitos económico, políticos y de seguridad y desarme, comenzaron, como hemos visto, a suavizar de nuevo las relaciones hispano-soviéticas. Los años 1987, 1988, 1989 y 1990 constituyeron a todos los niveles los mejores períodos en cuanto a resultados. La experiencia y el balance final del proceso de transición española de la dictadura a la democracia, no dejó de ser recordado por los nuevos líderes de los Estados ex-comunistas y por Gorbachov, favoreciendo el acercamiento de los mismos a España con respuestas limitadas y desaprovechadas, en mi opinión, por los dirigentes españoles. Por el contrario, el año 1991 irá marcando un declive en las relaciones en conjunto con la U.R.S.S., a pesar del tratado firmado, en especial ante la preocupación con que se percibía desde Madrid la inestabilidad interna, el auge de los nacionalismos y la falta de apoyos de Gorbachov a su política.

El 27 de diciembre de 1991 el Gobierno español a través de un comunicado oficial reconocía que Rusia ejercía los derechos y obligaciones internacionales de la desaparecida Unión Soviética, ofreciendo a Boris Yeltsin su “estrecha y sincera colaboración”, y mostrando una cierta desconfianza ante la Comunidad de Estados Independientes. Progresivamente a lo largo de 1992 España reconoció y estableció relaciones con las otras 11 ex-repúblicas soviéticas. El presidente del Gobierno señaló en enero de 1992 a los embajadores españoles en la Europa central y oriental, reunidos en Madrid, que las prioridades del gobierno en el área serían Rusia, Ucrania y Rumania.

Se iniciaba así una nueva etapa en las relaciones entre España y Rusia/U.R.S.S./Rusia, cuya evolución está aún por analizar. Desde nuestra perspectiva el distanciamiento, el recelo y los resultados limitados y poco significativos, de unas relaciones que se han establecido demasiado tarde y que han sido “desaprovechadas” por los dirigentes españoles, vuelven a ser las notas dominantes entre los dos Estados, en una Europa inquieta que se debate entre una profunda crisis económica y un deseo de reorganizar la estructura continental sobre los parámetros de la estabilidad y la cooperación.

Bibliografía

- CATTELL, D.T.: *Soviet Diplomacy and the Spanish Civil War*. Uni. California Press, 1957.
- CENTRO DE INVESTIGACIONES SOCIOLOGICAS, Estudios y Encuestas nº 7 (1987) y nº 17 (1989).
- CLAUDIN, F.: “Las relaciones soviético-Franquistas”, en *Horizonte Español*, 1972, París, Ruedo Ibérico, 1972.
- FRANCO, F.: *Pensamiento Político de Franco, Tomos I y II*, Madrid, Ed. del Movimiento, 1975.
- FUENTES, J.: *El Círculo de Helsinki*. Madrid, M.A.E., 1989.
- FUENTES, J.: *Europa Oriental*. Madrid, M.A.E., 1986.
- GROMIKO, A.: *Memorias*, Madrid, El País, 1989.
- INSTITUTO DE CUESTIONES INTERNACIONALES Y POLITICA EXTERIOR.
La opinión pública española y la política exterior. Informe I.N.C.I.P.E. 1991. Madrid, Tecnos-I.N.C.I.P.E., 1991.
- KOLTSOV, M.: *Diario de la guerra de España*, París, Ruedo Ibérico, 1963.
- LOPEZ, L.: *Testimonio de una política de Estado*. Barcelona, Planeta, 1987.
- MADARIAGA, S.: *Memorias (1921-1936)*. Madrid, Espasa Calpe, 1977.
- MORAN, F.: *Una política exterior para España*. Barcelona, Planeta, 1980.
- MORAN, F.: *España en su sitio*. Barcelona, Plaza y Janés/Cambio 16, 1990.

- PASCUA, M.: "Oro español en Moscú", *Cuadernos para el Diálogo*, junio-julio 1970.
- PEREIRA, J.C.: "Franco, los franquistas y la U.R.S.S.", en *IV Coloquio Hispano-Soviético de Historiadores*. Madrid, 1987.
- PRATS, R.: "España y Rusia ante una nueva relación", en *Política Exterior*, vol. VII, 33, pp. 60-73.
- RIVA, de la A. "La visita de Gorbachov a España", en *Política Exterior*, vol. IV, 18, pp. 106-122.
- SALAS, J.: *Intervención extranjera en la Guerra de España*. Madrid, E. Nacional, 1974.
- SUAREZ, L.: *Franco y la U.R.S.S.* Madrid, Rialp, 1987.
- VIÑAS, A.: *El oro de Moscú*. Barcelona, Grijalbo, 1979.

Entre las obras destacadas de los viajeros españoles a Rusia/U.R.S.S. se pueden indicar las siguientes: Fernando de los Ríos *Mi viaje a la Rusia soviética*. Madrid, 1921; Isidoro Acevedo *Impresiones de un viaje a Rusia*, Oviedo, Im. Santamaría, 1923; Alvarez del Vayo *La nueva Rusia*, Madrid, Espasa, 1926, Rodolfo Llopis *Cómo se forja un pueblo*, 1929, Julián Zugazagoitia *Rusia al día*, Madrid, España, 1932.